

Tras guardar las provisiones en la alacena, El y yo preparamos juntos una sabrosa tortilla con hierbas del huerto, la cual comimos con pan recién hecho. Teníamos suficiente trigo hasta la cosecha, y también quesos preparados por las vecinas serbias de Dobro, los cuales, si bien eran buenos, no igualaban a los de El. Puesto que me había paseado por toda la plaza del pueblo con suma lentitud, podía estar seguro de que todos habían visto mi nuevo medallón. SungRok, sin embargo, había brillado por su ausencia, y no dejaba de preguntarme si habría decidido esconderse de mí a propósito. Antes de retornar a Dobro para vigilar a HyeYoung, subí a lo alto de la vertiente una vez más. Aunque ya había oscurecido, con el paso de los días me había familiarizado con el terreno y conocía la posición de cada piedra y planta. Me senté en el mismo lugar en el cual había conversado con Jimin por última vez y suspiré, apesadumbrado. Los lobos no habían acudido aquella noche tampoco, y parecía que tendría que esperar otro día más a que Jimin retornase. Entonces, las nubes se hicieron a un lado y un rayo de luna se reflejó en la superficie vítrea de un objeto a un escaso metro de distancia. Reconocía la botella: era la misma que le había dado a Jimin, la cual contenía la pócima. Con el corazón en vilo, la tomé entre mis manos, dándole la vuelta. Aunque todo el líquido había desaparecido, había una nota en su interior y me apresuré a destapar el recipiente para extraerla. Estaba dichoso: Jimin se había presentado y, al no hallarme en casa, me había dejado un mensaje, quizá para decirme dónde debía reunirme con él. Mis manos temblaban conforme sacudía el recipiente con violencia para desalojar el papel, el cual, finalmente, surgió a través de la boca de la botella. Lo sujeté con las yemas de los dedos y tiré de él con lentitud para no romperlo. Lo extendí ante mí y, procurando calmar mi respiración agitada, leí a la luz de la luna:

Olvídame. Ya nunca te veré. Te mentí. Regresa al lugar de donde viniste.

Sentí que desfallecía conforme el mundo giraba a mi alrededor y, al cabo de unos segundos, mi visión se tornó borrosa al punto que ya no pude distinguir aquellas palabras que parecían estar destinadas a matarme de la pena. Sostuve la nota hasta que mi mano perdió la poca fuerza que le restaba y me dejé caer pesadamente sobre el prado, inclinando la cabeza sobre una roca para entregarme a un llanto mudo y sin lágrimas al tanto que sentía que me desgarraba por dentro. El dolor era tal que no podía respirar y, en un intento desesperado, me llevé la mano al pecho, aferrando el talismán que pendía sobre él, el cual se partió en dos, de modo que solo la mitad horadada quedó colgando de la cinta. En ese instante, mi llanto empezó a brotar y pude exhalar el aire comprimido con voz quebrantada. Busqué la nota de Jimin entre la hierba y la releí con el deseo de haberme equivocado en su interpretación, pero comprobé a través de las lágrimas que no dejaba espacio para la duda. Decía haberme mentido y eso sí que podía creerlo. Ya había confesado haberlo hecho anteriormente, en parte por conveniencia propia y en parte por mi propio bien y, a decir verdad, yo no le había dado mayor importancia: cada vez que explicaba su proceder, esto parecía acercarnos en vez de alejarnos, y yo no había dejado de esperanzarme. Me dije que era un necio por haber permitido que mi corazón se encaprichase con quien siempre había representado una imposibilidad, pasando por alto el riesgo más grave de todos: la desdicha de amarlo de tal modo aun cuando su ausencia fuese definitiva. ¡Siempre había estado seguro de

que no me enamoraría! Sin embargo, al tratarse de alguien tan singular como Jimin, había bajado la guardia un instante, quizás a causa de la fascinación que su leyenda había ejercido sobre mí desde la infancia. ¡Qué estúpido había sido! Strigoi o no, Jimin seguía siendo un hombre y ahora descubría que podía arrebatarme la libertad aun cuando deseaba hacer exactamente lo contrario. No quería que mi corazón le perteneciera, quería recuperar el dominio sobre mis propios sentimientos y que estos fueran solo míos de nuevo, como cuando estaba tranquilo y creía ser feliz. Esto pensaba conforme arrancaba montones de hierba, hundiendo mis dedos en la tierra, gimiendo y sollozando. ¿Olvidarlo? ¿Cómo podía pedirme algo semejante? Tendría que morir para que eso ocurriera y, aun así, tal vez no lo lograría ni siquiera en el más allá. Me rehusaba a creer, aunque su nota insinuase lo contrario, que su voto de lealtad había sido vano. Había visto la verdad en sus ojos y nadie, ni él mismo, podría convencerme de que su propósito era engañarme en aquellos momentos. Quizá hubiese cambiado de parecer después, pero ¿por qué? Las razones me evadían. Aun si de algún modo buscaba protegerme al aislarme u ocultarme sus planes, el hecho de pensar que Jimin ya no regresaría era suficiente para que toda mi vida se tornase en sufrimiento. Si él había cambiado al consumir la pócima, ¿por qué se molestaba en viajar hasta Raskrsnica para dejarme una nota? Oscilaba entre el desconcierto, la tristeza y la ira. Si ya no deseaba ser mi amigo, ¿qué más le daba que me quedase en Banat o regresara a Viena? Me enfurecía pensar que quisiera protegerme al tanto que deshacía con tan descarado laconismo la alianza que habíamos forjado. ¿No se suponía que los strigoi estaban obligados a cumplir su palabra? Bien, Jimin había dicho que volvería, y así lo había hecho aunque no se hubiese dignado a enseñarme su rostro. Quizá no había estrechado mi mano al asegurar que me sería leal, pero lo había afirmado con el énfasis que conlleva un pacto de honor, o al menos así lo había sentido yo. ¡Malditos sentimientos! Me habían tendido una trampa, haciendo que viese lo que no estaba allí, interpretándolo todo de la forma más dulce. ¿De qué servía la magia cuando mi visión del mundo estaba completamente sesgada por el amor que sentía? Vagué por el bosque, apoyándome en árboles aquí y allí, llorando en soledad. Entonces lo decidí: lo vería aunque él no lo deseara. Corrí hacia la cabaña mientras me secaba los ojos fugazmente con las mangas. Tenía un hechizo cuya eficacia ya había comprobado y lo usaría de nuevo. No importaba que en esta ocasión Jimin no pudiese verme a mí al otro lado del cristal; me bastaba con observarlo e interpretar su expresión. Quizá pudiese adivinar si estaba satisfecho con la forma en que había procedido conmigo o si, a su modo, lamentaba haber escrito esa horrible nota. Busqué el frasco de conservas que contenía el líquido azul por toda la casa. Revisé cada recoveco de la alacena, removiendo los frascos uno a uno, y también registré la habitación y la cocina: la pócima había desaparecido. Desesperado, pregunté a El, quien bordaba una nueva mantilla para Berz, si quizá se había deshecho del peculiar brebaje, pero su respuesta fue negativa: jamás lo había visto. ¿Lo habrían roto los agresores de mi nana? ¿Lo habría hurtado Jimin cuando estuvo en la cabaña? No tenía modo de averiguarlo y, aun si había guardado los residuos de la cocción de la pócima, no tenía tiempo de preparar una nueva en ese momento. En vez de pasar la noche en vela intentando replicar el resultado anterior, y en vista del inconmensurable dolor que me agobiaba, pensé que lo único útil que podía hacer en esos momentos era seguir adelante con mi plan de vigilar a HyeYoung, aunque ahora solo buscase distraer mis sentimientos para no colapsar: todo, absolutamente todo, había perdido el sentido para mí.